

UNA MUERTE EN EL CAMPO DE BATALLA

Los movimientos de la artillería en un campo de batalla constituyen un espectáculo que, al par que maravilla; produce terror. Aquel interminable convoy de caballos, avantrenes y cañones que se mueve (tranquilamente) de uno á otro extremo, y luego de improviso se lanza á la carrera con horrisono fragor, cruzando campos, caminos, viñedos, subiendo, bajando, girando con rapidez vertiginosa; y en su impetuosa corrida sube ribazos, salta fosos, derriba y destroza cercas, y plantas y vallados, y envuelto en una nube de polvo y de guijarros desaparece tras la lejana arboleda; y transcurridos breves momentos, verlo aparecer sobre la cumbre de una colina, y de pronto, en un abrir y cerrar de ojos, romperse, alinearse y llenar el espacio de densa nube de humo y de retumbantes detonaciones que repiten clamorosos los ecos de los cercanos valles; y á cada disparo ver aquellas horrendas bocas retroceder como aterrorizadas de su propio grito, en tanto que allá á lo lejos caen las casas derrumbadas, los árboles se tronchan y las densas masas de los enemigos, diezmadas por la metralla, se aclaran y se diseminan en todas direcciones, constituye realmente un espectáculo que al par causa maravilla y terror.

El sentimiento del portentoso é incontrastable poder de

su arma, engendra en el soldado de artillería aquel carácter singular de elevación y entereza que se imprime profundamente en su rostro y en su espíritu y que ni siquiera se borra ni debilita después de una batalla perdida, cuando todos los demás se sienten abatidos por la tristeza y el desaliento.

De esta suerte, graves, preocupados, pero en manera alguna descorazonados ni entristecidos, entraban en Chivaso, á la caída de la tarde, los artilleros de una batería del ejército piamontés, quince días después de la célebre batalla de Novara. Faltaban en la batería no pocos arzones y caballos, un cañón, dos oficiales y varios soldados. Mandábanla un capitán y un subteniente, y el pueblo contemplaba triste y silencioso su entrada, como si fuera el paso de un convoy fúnebre.

Detuviéronse en la primera plaza. El capitán mandó á su oficial que pusiera en parque la batería, y apeándose del caballo comenzó á mirar en derredor, como si buscara á alguien en medio de la muchedumbre que se había reunido.

Pasados breves momentos, acercáronse á él dos jóvenes, de los cuales el uno tenía como veinticinco años y diez y ocho el otro, y después de haberse descubierto le preguntaron tímidamente:

—¿Es usted el señor capitán?

Éste, sin dejarles terminar, estrechóles cariñosamente la mano, y pronunciando amistosamente sus nombres, les dijo:

—Heme tomado la libertad de escribir á ustedes directamente, sin tener la honra de conocerles, porque no tenía en la ciudad de quién valerme; y antes habría escrito, si antes hubiese podido proporcionarme noticias de su familia... Pero ni siquiera sus amigos,—añadió con acento de pesadumbre,—supieron decirme cosa alguna... Y cuenta que no tenía pocos y todos le querían bien á aquel pobre muchacho.

Y de nuevo ofreció su mano á aquellos jóvenes, que se la estrecharon afectuosamente.

—¿Han dicho ustedes á su padre algo de mi carta?

Contestáronle que únicamente le habían manifestado que un día iría á hacerle una visita el capitán de la batería á que había pertenecido su desgraciado hermano; habiendo debido limitarse á esto en virtud de hallarse enfermo y por temor de proporcionarle una impresión demasiado violenta; añadiendo á todo esto, que dos días después de la batalla había tenido algunas noticias relativas á la muerte de su hijo, la cual le tenía contrariado hasta el punto de no hallar consuelo.

Entretanto acercábase á ellos el subteniente.

—Ahí tienen ustedes al oficial de quien les hablaba en mi carta,—dijo en voz baja el capitán, y presentólo á los dos hermanos, que después de haberle saludado afectuosamente, le hicieron mil protestas de respeto y gratitud, á las cuales correspondió aquél con vehemente efusión. Pronunciadas pocas palabras más, volvió á la batería. El capitán convino con los dos jóvenes que al día siguiente á las siete pasaría á saludar á su padre, puesto que á las ocho debía continuar su marcha, y después de haber tomado las señas de la casa, calle, número y piso, llamó de nuevo á aquél y le dijo en voz baja:

—Si mañana á las ocho no estuviese aquí, puede usted salir con la batería; pero evite usted pasar por la calle tal.

Comprendió el subalterno la razón, contestó que lo haría como se le había ordenado y se fué. El capitán se alejó con los dos hermanos.

Á las siete de la mañana del día siguiente, el capitán, seguido de su asistente que llevaba un envoltorio debajo del brazo, llamaba á la casa de sus dos nuevos amigos. Tuvo que aguardar un minuto que le pareció una hora. ¿Era impaciente deseo ó fundado temor lo que en aquel momento experimentaba? Acaso ni él mismo habría sabido decirlo, pero la verdad es que estaba dominado por una penosa ansiedad. Abrióse al cabo la puerta y aparecieron los dos hermanos. No le dieron tiempo para hablar; pusieron el dedo sobre los labios para

indicarle que guardara silencio, indicáronle que se cogiera el sable para evitar que hiciera ruido, y saludándole silenciosamente le hicieron entrar, rogándole que tomara asiento. El asistente dejó el envoltorio sobre una silla y se fué.

—Duerme,—dijo el mayor de los hermanos;—pero está mejor.

Sentóse el capitán, sentáronse también los dos hermanos, y acercaron cuanto pudieron las sillas á fin de poder hablar en voz baja.

—¿Creen ustedes que se le podrá hablar sin peligro?

—Lo que es ahora sí,—dijeron á una ambos hermanos,—al presente no hay peligro ninguno.

—Perfectamente; pero si no fuese así, pueden ustedes manifestármelo con toda franqueza, pues no quisiera por todo lo del mundo, que en lugar de servir mis palabras para proporcionarle algún consuelo, fueran causa de un mal mayor. De todas maneras juzgo deber mío manifestarles que la distancia que media de aquí á Turín no es mucha, y por lo tanto poco ha de costarme el darme una vueltecita dentro de tres ó cuatro días.

—Es usted demasiado bueno,—exclamaron ambos jóvenes estrechándole la mano,—y le agradecemos sus ofrecimientos con toda el alma; pero no hay necesidad de que se incomode usted otra vez por nosotros. Nuestro padre está realmente mejor. Hay más aún; si se tratara de otro hombre, acaso, aun estando mejor, podría impresionarse; pero, créanos usted, señor capitán, tiene muy buen temple de alma para que podamos dudar del efecto que han de producirle las palabras de consuelo que usted pronuncie. Es un padre amantísimo; pero es también un verdadero patriota.

—Lo creo,—dijo el capitán.

En aquel momento se abrió una puerta y apareció un hermoso niño rubio, que podría contar como diez años. Como viera al capitán, hizo ademán de retirarse.

—Vén acá,—dijo uno de los hermanos.

El chiquillo se adelantó.

—Es nuestro hermano menor.

—¡Cuánto se parece á aquel pobre joven!—exclamó el capitán.

—Es verdad,—dijeron aquéllos.

Después de otros cinco minutos de conversación en voz baja, el capitán abrió el envoltorio y habló con los hermanos de una sorpresa que debía darse al padre, después de lo cual el segundogénito se levantó, pasando á la habitación inmediata para despertar al enfermo.

El hermano mayor y el oficial se estrecharon la mano, diciéndose mutuamente:

—¡Valor!

El jovenzuelo se acercó de puntillas á la cama de su padre. El buen viejo dormía con sueño ligero, con un brazo encima de la cubierta, y con el rostro vuelto hacia su hijo. Éste contempló durante un rato aquella frente despejada y venerable que, en medio de la tranquilidad del sueño, conservaba impresa la huella de un profundo dolor, y pensó:—Voy á despertarte, padre del alma, para llamarte de nuevo al dolor; te robo esos pocos momentos de paz... pero es indispensable.

—¡Padre!

El viejo abrió lentamente los ojos, y con la mano que tenía fuera de la cama, estrechó la de su hijo. Este puso la suya sobre su frente, inclinóse y le preguntó cómo se encontraba.

—Mucho mejor,—contestó.

—¡Me alegro!... Mira... debo decirte... ahí fuera hay una persona que desea verte.

—Pues que entre.

El hijo no se movió.

—¿Quién es?

—Es... un oficial.

El viejo miró al joven sin desplegar los labios.

—Un capitán.

—¿Un capitán?—y abrió desmesuradamente los ojos.

Siguieron unos momentos de silencio.

El hijo, haciendo un poderoso esfuerzo, añadió apresuradamente:

—Un capitán de artillería.

El padre hizo un esfuerzo para incorporarse y sentarse en la cama. El hijo se lo impidió.

—No, padre,—dijo con gran dulzura,—no te muevas; podría darte algo: ya sabes que el médico te ha prohibido que te dé el aire; abrígate y no te muevas.

Y le obligó á meter debajo de la cubierta el brazo que tenía fuera de la cama. Los ojos del enfermo brillaban y su respiración era afanosa. Al cabo de un rato, sin mirar siquiera á su hijo, preguntóle con voz mal segura:

—¿Y este capitán?

—...Era el de su batería.

La respuesta era prevista.

—Ha venido al pueblo precisamente para verte.

El padre permaneció un momento pensativo; sacudió la cabeza, oprimió sus labios y se cubrió los ojos con una mano.

—Padre,—dijo afectuosamente el joven, besándole la frente,—ánimate: haz un esfuerzo: el capitán ha venido con el propósito de darte un consuelo, y te lo dará, estoy seguro de ello. Vamos, tranquilízate (y le apartó la mano de los ojos), ámate, padre.

—Llámalo.

—...¿En seguida?

—Sí, en seguida.

—¿Voy, pues?

—Sí, vé.

—Entonces voy; pero ámate: el capitán te consolará: créeme.

Y salió inmediatamente del cuarto. El padre le acom-

pañó con la mirada que fijó en la puerta. Percibió un breve murmullo y luego el ruido del sable... Presentóse el capitán. En cuanto lo tuvo el viejo ante sus ojos, extendió hacia él los brazos y exclamó dolorosamente:

—¡Ah, capitán, capitán!

Este se adelantó, atrájole cariñosamente y le dijo:

—Buen ánimo, amigo mío.

El hijo mayor y el pequeño se colocaron á uno de los lados de la cama, y el segundo en el opuesto. El padre había apoyado la frente sobre el brazo del capitán y lloraba. Durante un rato no se oyó el más leve suspiro.

De pronto desprendióse el enfermo de aquel abrazo, levantó la cabeza y secándose los ojos dijo resueltamente:

—Capitán... usted se hallaba allí aquel día... usted lo vió todo... dígame usted... cuéntemelo... pero todo, absolutamente todo... tendré fortaleza de ánimo... me siento fuerte... lo escucharé todo sin conmovérme... sin interrumpir... pero no quiero que me oculte usted cosa alguna... quiero saberlo... necesito saber de qué manera... (y aquí el llanto le ahogó la voz) cómo murió ¡mi pobre hijo!

Y reclinó de nuevo la cabeza sobre el brazo del capitán, y sacudiéndola con ademán desconsolado exclamó:

—¡Era tan joven!

—¡Sí; pero ahora es tan grande!—repuso el capitán.

Oyendo esta palabra el pobre viejo se conmovió, levantó la cabeza, y clavó su mirada en el militar, y al paso que le contemplaba, su faz, bañada en llanto, cobraba gradualmente una expresión más marcada de serenidad y de noble orgullo, y sus ojos se animaban, y poco á poco iba retirando el brazo de encima del hombro del capitán, cual si el nuevo pensamiento que le preocupaba fuera suficiente para devolverle sus perdidas fuerzas. Este pensamiento, que hasta entonces había permanecido como dormido y sojuzgado por la intensidad del dolor, despertóse en su mente de improviso,

y le comunicó un repentino é inesperado sentimiento de consuelo, difundiendo en su alma una fuerza de que ni él mismo se creía capaz.

—¡Tan grande! — repitió para sí con voz sumisa.

Y luego añadió con voz clara y firme:

—Diga usted, pues, capitán.

Sentóse éste junto á la cama, lo más cerca que pudo, y jugando con los tirantes de su sable, buscaba la manera de comenzar; pero no lograba encontrarla, ni le habría sido fácil, si no hubiese acudido en su ayuda el mayor de los hermanos preguntando:

—¿Tuvo mucho en qué entender, señor capitán, aquel día, su batería?

—¿En la batalla de Novara? Nada absolutamente. Es decir, en cuanto á entender, muy poco, casi nada, pero en cambio se fatigó como si hubiese hecho mucho. Corrimos tres ó cuatro horas sin un minuto de descanso, adelante y atrás, adelante y atrás, casi siempre por el mismo camino. —Capitán, se me decía, ocupe usted aquella altura. — Y á galope corría á cumplir la orden. Pero apenas había tomado posiciones, venía una contraorden, y me volvía á escape á ocupar el primer puesto. Y así tres ó cuatro veces consecutivas sin tener punto de reposo. Los caballos fueron los que hicieron el gasto. Dignos eran por cierto de mejor suerte.

—¿Los mataron?

—Todos no; pero sí muchos.

—Y al cabo, ¿dónde se detuvo usted?

—El lugar precisamente, no podría decirlo; es decir, no podría nombrarlo; pero en cambio recuerdo con toda precisión los accidentes del sitio. Nos hallábamos en mitad de la pendiente de una colina: entre aquel punto y la cumbre, el terreno formaba una hondonada tal, que en ella podían mantenerse completamente ocultos un par de batallones á los ojos del enemigo. Cuando llegué á dicho sitio, veíanse á lo

lejos, en medio de la llanura, tres fuertes columnas de austriacos que avanzaban lentamente, amagando tan pronto nuestra derecha como nuestra izquierda, pero manteniéndose constantemente en nuestra dirección: de todas maneras, estaban muy lejos aún, tanto que apenas se distinguían sus blancos uniformes y el brillo refulgente de sus bayonetas. Uno de mis oficiales fué enviado con dos cañones al flanco derecho de la colina. Yo, con mi primer subteniente y cuatro cañones, permanecí en mi puesto. En el cañón de la derecha (aquí el capitán se volvió hacia el mayor de los hijos)..., servía vuestro hermano.

El anciano no hizo movimiento alguno: escuchaba atento é impasible. El capitán continuó:

—...En el cañón de la derecha, según he dicho. Rompióse el fuego inmediatamente. Cargado el cañón, vuestro hermano debía apuntarlo en su calidad de sargento. — A la columna del centro, — le dije, — y él, inclinándose para ejecutar la orden, contestó: — ¡Sí, señor! — ¡A ver cómo nos portamos! — añadí. Sonrió, tomó la puntería, retrocedió dos pasos, «fuego,» mandó, y casi en el mismo instante vióse volar por los aires el tronco de un árbol que se hallaba en medio de la columna del centro; vacilar ésta confusamente, extenderse y desordenarse; los oficiales correr á galope de un lado á otro, y luego poco á poco estrecharse las filas, ordenarse y seguir avanzando. — ¡Bravo! — le dije, — ¡á otro! — Tomó otra vez la puntería, y de nuevo dió en el blanco.

El anciano dió una palmada sobre el lecho.

—Sí, dió en el blanco: la columna se desbarató más aún que la vez primera: los oficiales volvieron á correr, lograron que el orden se restableciera, pero la columna se detuvo. En aquel mismo instante se vieron aparecer cuatro cañones á lo lejos, que, avanzando á galope, alcanzaron la línea de las columnas, situándose dos de ellos entre la de la derecha y la del centro, y los dos restantes entre ésta y